

Vanrell, Noelia

Nombrar poéticamente la ausencia de Dios después de la muerte de Dios. Una reflexión desde el pensamiento de Hugo Mujica

IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología
Facultad de Filosofía y Letras – UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Vanrell, Noelia. Nombrar poéticamente la ausencia de Dios después de la muerte de Dios. Una reflexión desde el pensamiento de Hugo Mujica [en línea]. IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología. Miradas desde el bicentenario. Imaginarios, figuras y poéticas, 12-14 octubre 2010, Universidad Católica Argentina, Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires. [Fecha de consulta:.....]

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/nombrar-poeticamente-ausencia-de-dios.pdf>

(Se recomienda indicar la fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 6 de junio de 2010])

NOMBRAR POÉTICAMENTE LA AUSENCIA DE DIOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE DIOS. UNA REFLEXIÓN DESDE EL PENSAMIENTO DE HUGO MUJICA

Noelia Vanrell

Introducción

Tomando como punto de partida la frase de Nietzsche: “Dios ha muerto”, no sólo nos ubicaremos en un espacio de no confrontación, sino que también nos arriesgaremos a dar un paso más y asumiremos tal declaración de muerte. Tras este aparente fracaso nos queda preguntar: ¿Podemos nombrar a Dios si aceptamos la muerte de Dios?

Dejándonos conducir por el pensamiento poético de Hugo Mujica, y siguiendo sus comentarios acerca del aporte de Heidegger, intentaremos adentrarnos en una posibilidad que abre la palabra poética: la posibilidad de nombrar a Dios en su ausencia.

- **¿Qué Dios ha muerto?**

En primer lugar tendremos que pensar en qué sentido podemos asumir el “Dios ha muerto” nietzscheano. En *La Gaya ciencia*, Nietzsche no sólo declara la muerte de Dios, sino que también pone en evidencia a quienes fueran los ejecutores de esta muerte: “¡Dios ha muerto! (...) ¡Y nosotros lo hemos matado!”¹. Tal acusación nos permite preguntar a qué Dios pudimos matar, a lo que respondemos que el hombre únicamente pudo tener el poder de matar a un Dios que él mismo se hubiera forjado. ¿Pero de qué Dios estamos hablando al referirnos a un Dios forjado por el hombre? La respuesta viene de la mano de la crítica de la metafísica occidental, la cual también recibió heridas de muerte en manos del pensamiento nihilista. En *Caminos de bosque*, donde Heidegger se ocupa de analizar la célebre frase nietzscheana, se muestra que la crítica de Nietzsche no apunta al Dios vivo de la fe (de hecho el “loco” declara la muerte de Dios a hombres que ya no creían en Él), sino al Dios que es afirmado como fundamento suprasensible del mundo suprasensible². Lo que ha sido declarado muerto, es el concepto de Dios sostenido por la tradición metafísica de Occidente, el Dios conocido, el que intentamos aferrar con el discurso racional, el también llamado “Dios de los filósofos”.

Para iniciar una aproximación al pensamiento mujicano, recurrimos al estudio titulado *El “Ya, pero todavía no” en la poesía de Hugo Mujica*, de Ana María Rodríguez Francia. Allí la autora destaca la reflexión que Hugo Mujica hace en torno a la interpretación heideggeriana de la muerte de Dios. La misma aparece en el ensayo *Origen y destino. De la memoria del poeta presocrático a*

¹ Nietzsche, F., *La Gaya Ciencia*, Akal, Madrid, 2001, p.161

² Cfr. Heidegger, M., *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1996, p.229.

la esperanza del poeta en la obra de Heidegger. Rodríguez Francia señala en este contexto:

“Ya los antiguos dioses han pasado, y el nuevo dios no ha arribado aún. Tal es la indigencia, que el hombre ni siquiera es capaz de sentir que la falta de Dios constituye una falta.”³

Esta incapacidad de sentir la falta de Dios también fue anunciada por Nietzsche al decir que este “acontecimiento tremendo” no ha llegado aún hasta los oídos de los hombres⁴. Sin embargo, el homicidio fue declarado a gritos por el loco que buscaba a Dios. Aunque pudiéramos negar esa muerte, es indiscutible que la declaración fue pronunciada y que la misma encontró eco en algunas de las voces más contundentes de la filosofía contemporánea. El daño fue hecho y, cuando lo reconocemos, la falta comienza a sentirse:

“Tiempos de miseria, tiempos de ausencia, Heracles, Dionisos y Cristo han partido (...) Así desaparece el *entre* que relaciona el Cielo, la Tierra, los mortales y los dioses, mientras que el decir nietzscheano: ‘avanza el desierto’ cobra creciente valor. El Dios de la tradición metafísica de Occidente ha muerto.”⁵

Asumir el peso de esta ausencia implica aceptar el estado de indigencia del hombre actual. Implica a su vez, adoptar una actitud de no dominio. Esto supone la aceptación de la carencia de respuestas, un no arremeter con nuestras argumentaciones, sino esperar para ver qué es lo que se deja nombrar en el silencio, sin el afán de llenarlo con un conocimiento del que previamente disponemos.

¿Pero entonces nos hemos quedado sin nada? ¿Haber asumido esta declaración de muerte nihilista nos ha condenado a resignarnos a una esterilidad metafísica y religiosa? Si nos dejamos guiar por las reflexiones de Mujica, veremos que este “sin Dios”, no es una negación de su existencia, sino un reconocimiento, y padecimiento, de su ausencia:

“...en el mundo de hoy no brilla la presencia de Dios, más bien es la sombra de su ausencia lo que en el mundo se manifiesta, se padece; la ausencia que, como el ayuno o la oración, nos hace señas hacia aquello que nos falta, hacia aquello que aún no es. Su presencia no brilla, pero tampoco su ausencia se reconoce.”⁶

Lo que Mujica propone es reconocer esta ausencia y abrirse a una nueva experiencia de Dios, “...experimentar la presencia de una ausencia. La ausencia que ninguna presencia logra borrar”⁷. Nos preguntamos entonces qué tipo de presencia no logra borrar esa ausencia. Creemos que aquí, Mujica

³ Rodríguez Francia, A.M., *El “Ya, pero todavía no” en la poesía de Hugo Mujica*, Biblos, Buenos Aires, 2007, p.24. Cfr. Mujica, H., *Origen y destino. De la memoria del poeta presocrático a la esperanza del poeta en la obra de Heidegger*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1987, p. 64.

⁴ Cfr., Nietzsche, F., op. cit., p.162.

⁵ Rodríguez Francia, A.M., op.cit., pp.24-25. Cfr. Mujica, H., *Origen y destino*, p. 64.

⁶ Mujica, H., *Kénosis: Sabiduría y compasión en los Evangelios*, Marea, Buenos Aires, 2009, p.153.

⁷ *Ibidem*, p.19.

habla de la ausencia que tantas veces nos desesperamos por anular con la presencia de nuestras respuestas y de nuestras conclusiones. ¿Y por qué esta presencia no logra borrar la ausencia de Dios? Quizás por ser presencia de algo que no es Dios, pues la ausencia de Dios podría ser borrada únicamente por la presencia de Dios mismo. Pero sucede que de dicha presencia no disponemos a nuestro gusto, dado que el Dios ausente no es un Dios a la mano. Su presentarse escapa a nuestro dominio, su manifestarse no depende de nuestro cálculo, y sin embargo estamos ligados a esa ausencia en la experiencia subjetiva de su falta, en la espera de su presencia. Esperamos a Dios en la ausencia de Dios.

Mujica señala que, según Heidegger, la muerte del Dios de la tradición metafísico-religiosa de Occidente podrá abrir el espacio para que se manifieste “lo Divino” en su ausencia. Una ausencia que, para dar “señas” de su Divinidad, exige un pensamiento no amparado en el “dios conocido”, en el “dios disponible”, como dice Mujica o, como dijimos antes, en un dios “a la mano”. ¿Pero qué clase de pensamiento abre este espacio? Siguiendo a Heidegger, Mujica responde:

“Un pensamiento que se abisme en esa ausencia, que de alguna manera se encamine a lo velado del desvelamiento, lo sustraído de todo lo aparecido. Un pensamiento, una poesía, que realice el itinerario que propone Meister Eckhart: ‘ir a Dios sin Dios’.”⁸

Este Dios vivido subjetivamente como falta, lejos de abandonar al hombre en la indiferencia, alimenta su deseo de Él y, como expresa Mujica, es una ausencia “que me anega en sed”⁹. Esta misma sed de lo ausente la encontramos sugerida en el ensayo *Poéticas del vacío*, donde reflexionando en torno a la obra de San Juan de la Cruz, Mujica nos dice que Dios “...atrae excediéndonos, y se revela a sí mismo retirándose. Creciendo en la separación. Dándose en ese retirarse”¹⁰. El desafío que se nos presenta es nombrar la ausencia de Dios sin temor a que en ese nombrar no haya nada, sin temor a que en ese nombrar su ausencia no habite el dios-ausente.

- **Abrazar poéticamente la ausencia**

La posibilidad de nombrar esta ausencia de Dios (ausencia que es *horror vacui* para la razón que quiere dar con todas las respuestas), viene de la mano de la palabra poética, pues como dice María Zambrano: “...el poeta no teme a la nada.”¹¹

La presencia de esta ausencia aparece como promesa de algo otro, es “ausencia de...”, pero pide ser abrazada en tanto ausencia, y por lo tanto, en tanto que es ausencia de algo que no podemos poseer:

⁸ Mujica, H., *Origen y destino.*, p. 66, citado en Rodríguez Francia, A.M., op.cit., pp.33-34.

⁹ Mujica, H., *Poesía completa*, Seix Barral, Buenos Aires, 2005, p.25.

¹⁰ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, Trotta, Madrid, 2009, p.49.

¹¹ Zambrano, M., (referencia no citada por el autor) citado en Mujica, H., *Poéticas del vacío*, Trotta, Madrid, 2004, p.21.

“La ausencia es fundamento, presencia de una sustracción que nos sustrae todo fundamento (...)
Como una pérdida retenida,
abrazada,
mecida, en el fracaso de retener.
Ausencia metafísica pero experimentada en su universal concreto,
existencial:

*pérdida.”*¹²

La vivencia de esta pérdida, de este fracaso de no poder retener aquello que buscamos, nos lleva muchas a veces a rechazar esta ausencia. No es fácil permanecer en lo desconocido, y el temor a que nunca se concrete el encuentro con el objeto de nuestro deseo, o bien con el objeto de nuestro conocimiento, nos lleva a detener la búsqueda y a aferrarnos a lo parcialmente encontrado. En palabras de Mujica:

“A veces se encuentra y de lo encontrado se fijan normas, se acampa descanso. Se mienten seguridades:
es la religión, no la mística.
Es la domesticación de dios, del dios que responde, no el que callando pregunta. Es el borde sin salto. (...)
Significado, no sentido. Es la presencia sin su ausencia, el dios sin la lejanía, el ídolo.”¹³

Para acercarnos a la posibilidad de nombrar la ausencia, así como también de escuchar a quien la nombra, se requiere de un acto de confianza tal que nos permita albergar y padecer esa falta. Mujica nos habla de:

“La desesperada confianza de padecer el vacío por una positividad más plena.
Tan plena como lo abierto.
Tan desconocida como lo sin borde: la intuición de que afirmar nada no es nombrar el vacío.”¹⁴

Esta confianza no es poco dolorosa. Exige la fortaleza de aceptar una derrota que, en palabras de Mujica, es también un misterioso triunfo: “*Derrota: triunfo imperceptible de haberlo perdido todo*”¹⁵. Este triunfo consiste precisamente en esa vivencia existencial de la pérdida antes mencionada, en el reconocimiento de la misma. Para dar una imagen a esta “pérdida”, Mujica nos habla de la “mano vacía”, “La mano palpa lo que no tiene: lo que no es. (...) Fracaso y, gracias a él, descubrimiento de aquello ante lo que fracasa”¹⁶. Pero este padecer la ausencia, la pérdida, puede dar fruto cuando se confía en que la experiencia de esa ausencia es fundamento:

“Algo siempre habla,
algo que llama a ser escuchado.

¹² Mujica, H., *Poéticas del vacío*, pp.38-39.

¹³ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, p.50.

¹⁴ Mujica, H., *Flecha en la niebla*, Trotta, Madrid, 2003, p.142.

¹⁵ Mujica, H., *Flecha en la niebla*, p.143.

¹⁶ Mujica, H., *Flecha en la niebla*, p.41.

O nada habla,
y, en esa nada, pide ser escuchado.
Cuando osamos escuchar nada,
es cuando sabemos que algo siempre habla.”¹⁷

¿Y cómo se soporta semejante ausencia? No hay que considerarlo como un signo de resignación de la voluntad (que baja los brazos ante lo imposible), o de debilidad de la razón (que renuncia escépticamente ante lo incognoscible). Este resistir en la ausencia exige una fortaleza que no conocen el escéptico ni el perezoso, es la fortaleza de aquel que no queda sometido al afán de dominio de sí mismo, sino que, en su confianza en el bien (que en última instancia se funda en la confianza en el ser), alcanza un recto abandono de sí, una entrega que es también apertura, capacidad de recibir una herida. Esta resistencia implica un perseverar en el padecimiento de aquello que falta, por eso Mujica dice que “No se trata de una mera pasividad / se trata de ser pasible...”¹⁸.

Esta capacidad de soportar la ausencia, de nombrarla y de desplegar su fecundidad, encuentra un lugar privilegiado en el campo fértil de la creación poética: “Poeta o místico es quien ve en la presencia el vestigio de una ausencia”¹⁹. Esta cercanía entre el poeta y el místico adquiere uno de sus mayores exponentes en San Juan de la Cruz, de él nos habla Mujica al decir que:

“La experiencia vivida del místico no es conmensurable con el lenguaje:
Juan no dijo para nombrar,
dijo para buscar lo innombrable:
poetizó.

(...)

“Celebración dicente de lo indecible:
sobre lo que no puede ser dicho es sobre lo que la poesía no puede callarse.”²⁰

Hablamos de una palabra que no agota el sentido con lo significado, ya que su modo de nombrar las cosas, como si fueran dichas siempre por primera vez, le permite abrir nuevos significados cada vez que es pronunciada²¹. Se trata de percibir el misterio de esa ausencia en lo que tiene de innombrable, y sin embargo nombrarla. La palabra poética busca nombrar lo asible de esa ausencia²², pero sin aferrarse a ello, ni dormirse en lo encontrado, pues su intención no es clausurar búsquedas, sino abrirlas e iniciarlas permanentemente.

“En el poema lo abierto se retiene y contiene como abierto:
como allende de sí:

¹⁷ Mujica, H., *Lo naciente*, Pre-Textos, Valencia, 2007, p.88.

¹⁸ Mujica, H., *Lo naciente*, p.82.

¹⁹ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, p.53.

²⁰ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, p.68.

²¹ “El poeta es el hombre que vuelve a dar palabras a las ‘cosas’ en tanto cosas y no ‘objetos’, haciéndose eco, en su nombrarlas, de la viviente y elocuente vibración del Ser en las cosas. Eco del silencio del que están henchidas.” Mujica, H., *La palabra inicial*, Trotta, Madrid, 1995, p.46. Citado en Rodríguez Francia, A.M., op.cit., p.53.

²² Mujica, H., *Poesía completa*, p.32.

como diciéndose,
iniciando otro modo de significación,
otras aperturas. (...)
El poeta no escribe para llenar ese vacío: lo mantiene abierto
escribiendo (vacándose) (...)
Escribe errando lo abierto, lo que va abriendo al escribir:
diciéndolo. (...)
Escribe para desvelar el vacío, borrar: quitar el velo a nada."²³

La palabra del poeta es capaz de nombrar lo que no está, y de nombrarlo en su no estar presente, sin someterlo al dominio de una rigidez conceptual que, por su pretensión de denominar, no goza de la capacidad de dar frutos a partir de lo innombrable, ya que no capta en la ausencia otra cosa que la negatividad de la nada:

“‘Nadie puede ver a Dios y vivir’, advierten los profetas bíblicos. Ni contemplar la luz de los dioses sin arder, como supo Semele cuando cayó fulminada ante el consentimiento de su amado Zeus de mostrarle su esplendor.

Nadie puede atravesar el infierno sin salir condenado, aprende y nos enseña Orfeo.

Orfeo que encantó a los dioses, ahora es seducido él por otro dios: la objetividad, el ídolo de lo presente. La posesión.

La lógica diurna, el conocimiento que sólo conoce presencias, presencias representadas, dominadas, que, a diferencia del oído, no capta ausencias..."²⁴

Ante la desesperación por la obtención de respuestas que sacien la sed, el recorrido que nos propone Mujica es el del que permanece siempre sediento, sediento de respuestas y sediento de Dios: “*Hay que reflejar lo ausente: crear la esperanza del vacío...*”²⁵, nos dice, e insiste una vez más destacando la preeminencia de la búsqueda: “tanto más que encontrar / el buscarte”²⁶.

Conclusión: Un pensamiento claroscuro, no claro y distinto

Tras este breve recorrido, quisiera concluir destacando la riqueza que la palabra, y el temple, del poeta aportan a la hora de proponer una nueva apertura al pensamiento filosófico. Una apertura a partir de la cual le sea posible no tanto buscar respuestas definitivas, claras y distintas, en las cuales descansar, sino permanecer en la actitud de perplejidad que provoca la contemplación del claroscuro de la palabra poética.

La poesía nos deja siempre inquietos, abiertos, en estado de receptividad. Nos deja incluso tensionados y, cuando buscamos razones conceptualmente acabadas y sistemáticamente organizadas, nos hace sentir quizá insatisfechos.

²³ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, p.79.

²⁴ Mujica, H., *Poéticas del vacío*, p.26.

²⁵ Mujica, H., *Flecha en la niebla*, p.161.

²⁶ Mujica, H., *Poesía completa*, p.90.

Encuentro que esa es una virtud de la palabra poética, el no dejarnos en actitud de descanso. Ante lo misterioso, también la filosofía tiene la misión de no declarar “casos cerrados”, y sin embargo los esfuerzos de la razón muchas veces suelen tender a ello. No se trata aquí de abogar por una filosofía de la irracionalidad, sino por una racionalidad filosófica que en diálogo con el pensamiento poético pueda volver a abrir los caminos que hayan sido clausurados.

“Necesitamos decir otra vez dios sin esperar respuesta, sin ecos, como oran los que son escuchados. [...] Un dios que nos salve de que algo cierre, que la totalidad se cumpla: se asfixie, muera.”²⁷

Dejemos que el poeta nos enseñe a no temer a la nada, para que el dolor por haber reconocido esa pérdida no sea “el dolor que no fue / fruto / porque no me encontró arado”²⁸, sino un dolor fecundo, que nos haga pasibles de albergar y de nombrar lo ausente.

²⁷ Lahitte, A. E., *Hugo Mujica* (reportaje), Buenos Aires, Vinciguerra, 1997, p.58-59. Citado en Rodríguez Francia, A.M., op.cit., p.162.

²⁸ Mujica, H., *Poesía completa*, p.328.